

á la casa del Párroco, y el síndico se acercó al Diputado, preguntándole:

—¿ Todo se ha visto, eh?

—Todo,—le contestó.

—¿ Y el cofre?

—¡ Oh! Sí (exclamó.) También he visto el cofre de hierro.



CAPÍTULO XI.

EL PARAÍSO.

HASTA ahora no hemos hecho más que ver la parte exterior del personaje elegido por el voto popular, y podemos decir que aún no lo conocemos, puesto que todavía no sabemos su nombre. No hay que extrañar una falta que tan fácilmente puede subsanarse, y que, á mayor abundamiento, tiene sus razones. Primera: que la mayor parte de los electores del pueblo se encuentran en la misma ignorancia. Segunda: que una vez designado por todos con el título de Diputado, no necesita, en realidad, otro nombre para abrirse paso en el mundo, y ser conocido.

¿Acaso es tan ignorada esa nueva planta, y

tan oscura la vida de esa especie espontánea, que no acertemos á distinguir los rasgos característicos de la familia en toda la variedad de sus ejemplares? Cabalmente, por punto general, vienen al mundo lo mismo que los simples mortales, sin ser conocidos de aquellos á quienes se atribuyé la facultad de darles el ser. No nacen á la vida ordinaria, á la vida particular que vivimos los demás hombres; nacen á la vida pública; y como el secreto de las fecundaciones no se ha descubierto todavía, salen al mundo público incubados en el misterio perpetuamente impenetrable de las urnas electorales. El recién nacido puede ser joven, puede ser viejo; mas, de cualquier modo que sea, desde el punto mismo de su nacimiento corre de su cuenta el hacerse hombre. Es una generación nueva, mejor dicho, es la tendencia, el modo de ser dominante en la nueva generación. ¿Qué más quiere saberse?

Muy bien; pero somos curiosos, nos gustan las cosas con pelos y señales, y tenemos derecho á saber su nombre y apellido. ¿Y para qué? Ahí está el acta de su elección, porque las papeletas de la candidatura depositadas en la urna fueron quemadas inmediatamente después del escrutinio. Mas ¿qué nos importa su nombre? Désele uno cualquiera. ¡Hay tantos que poderle dar!

Contentémonos con saber que es Diputado. Su naturaleza, después de todo, era la naturaleza humana; su vecindad, dudosa, porque activo, movable, impaciente, no acierta á estarse quieto en ninguna parte, viniendo á resultar que casi no tiene domicilio fijo; su casa siempre es la mejor fonda, con lo cual consigue tener buen hospedaje en todas las capitales del mundo; su profesión, se ignora; sus bienes de fortuna no constan anotados en ningún registro de la propiedad; pero indudablemente es hombre que sabe, porque habla de todo; y debe ser rico, porque gasta como un potentado. En cuanto á su familia, es seguro que ha de andar reñido con ella, pues nunca la nombra. ¿Se quieren más detalles? Vamos á darlos.

Si se tiene en cuenta el ligero *ceceo* con que pronuncia las palabras, el desparpajo de sus chistes, la prontitud de sus respuestas y la soltura de su lengua, hay que tomarlo por andaluz; mas no debe perderse de vista que anima el relato de sus cuentos, siempre que el caso lo requiere, imitando al pie de la letra el áspero acento de los catalanes, el dejo sobón de los aragoneses, la desabrida modulación de los valencianos y la cadencia lloroná de los gallegos. En este género de imitaciones era un prodigio.

Suele haber días que amanece más tempra-

no, y son aquellos en que la primera luz de la mañana nos trae algún acontecimiento extraordinario, que el temor ó el deseo nos anticipan, porque acontece que el temor y el deseo no nos dejan dormir tranquilos, y nos despiertan antes que las dudosas claridades del alba anuncien la proximidad del nuevo día. Ese debía ser el motivo que ocasionaba el movimiento interior que se advertía en las principales casas del pueblo en la madrugada del día siete de Marzo de mil ochocientos y tantos.

En medio de la oscuridad con que la noche envolvía la antigua villa, llamémosla así, de los Remedios, en el tranquilo silencio de sus calles desiertas, se echaba de ver que no todas las familias del pueblo dormían á pierna suelta, como era costumbre en las madrugadas de los días ordinarios, porque á través de los postigos entornados se escapaban rayos de luz que iban á reflejarse en las paredes de enfrente, ó se desvanecían en las sombras á lo largo de las calles.

Dentro de las casas se percibía ese ruido sordo que produce el movimiento de una familia que despierta á deshora; rumor confuso de pasos que van y vienen, de voces que llaman, que disponen, que advierten; de murmullo de conversaciones íntimas y de risas, que bien daban á entender lo alegre del suceso. En los parado-

res la animación no era menos activa; el candil clásico iba de una parte á otra, como si ufano de sus rojos resplandores quisiera disputarle al sol el privilegio de iluminarlo todo; las mulas hacían resonar los clavos de las herraduras sobre el empedrado de las cuadras, y ya medio aparejadas sacudían las campanillas de los collares, relinchando, ni más ni ménos que si exclamaran: «¡Qué demonios de tempranera es ésta!» Y empinaban á la vez las orejas, moviéndolas de un lado á otro, en atención á que andaban por allí los muleros echando por aquellas bocas sapos y culebras.

A todo esto, los carros y las galeras con sus toldos de lona, ellos descansando sobre las varas apoyadas en el suelo, y ellas con las lanzas tendidas señalando el camino, con sus dobles bocas abiertas, parecía que esperaban el momento de tragarse á toda la familia; pero entre tanto, las mozas de la casa, peinadas de fiesta y vestidas de gala, bajaban cestos y canastas cubiertos con manteles, que se iban colocando en las aguaderas atadas en los varales de las galeras y de los carros.

Y sobre el fondo confuso del sordo tumulto de voces, pasos, risas, conversaciones, gritos, coces, relinchos y estrépito de campanillas, se destacaba el cacareo de las gallinas que empe-

zaban á desmerecerse, el canto triunfante de los gallos que anunciaban la próxima llegada del día desde el fondo de sus escarbados dominios, encerrados dentro de las tapias de los corrales, y los ladridos de los perros que sonaban aquí, luego allá, luego más allá, luego más lejos, lo mismo que si fuesen centinelas apostados de distancia en distancia que se dan la voz de alerta.

En cuanto á los pájaros, sabían perfectamente que no era todavía hora de echar á volar; pero sorprendidos por la algazara de la casa, se revolvían en los nidos, temerosos de que se les jugara alguna mala partida, y aleteaban como quien se viste de prisa, y asomando las móviles cabezas por debajo de las tejas, se miraban unos á otros piando, con lo cual querían decir claramente : «¡Vecino!... ¿qué pasa?»

Más madrugador que el día, el aire mensajero de la mañana volaba bullicioso, metiéndose por todas partes, lo mismo por las junturas de las ventanas, que por debajo de las puertas, que por los vidrios rotos de los postigos, y aquí me entro, allí me salgo, alzaba las cortinas, ponía en movimiento los papeles sueltos que hallaba sobre las mesas, y hacía vacilar la llama de las luces sobre los mecheros de los velones, y sin más cumplimientos soplabá muy frescamente sobre el rostro de los que le salían al paso, di-

ciendo á unos y á otros: «¡No saben Vds. el frío que hace por ahí fuera!»

Al fin clareó en el horizonte el primer reflejo del día; las estrellas, avergonzadas, empezaron á ocultarse en la profundidad de los cielos, al paso que las nubes, formando dibujos imposibles, acudían presurosas á presenciar el nacimiento de la mañana. Allí, formadas en grupos movibles, cambiando á cada momento de tonos y de contornos, comenzaron á ataviarse de prisa y corriendo con sus más ricas galas; y eche V. encajes de los más caprichosos bordados, bandas magníficas de brocado de oro, y mantos espléndidos de soberbia púrpura. Allí, escalonadas unas sobre otras, parecían dispuestas á detener el paso de la mañana; pero de repente brotó un rayo de sol del fondo aterciopelado de sus lujosas vestiduras, lo mismo que brota entre los peñascos un chorro de agua.

El cielo, cada vez más azul, sonreía, los árboles sacudían sus hojas cuajadas de perlas, el agua saltaba cubriendo el aire de diamantes.... Era el día que iluminaba el cielo, llenando la tierra de regocijo. El día precisamente señalado en el programa del Ayuntamiento para la gira en la Gruta milagrosa.

En el camino que, subiendo y bajando, conduce del pueblo á la Ermita, se veía hormiguar,

en diversidad de colores, un cordón de gente: unos á pie, otros á caballo sobre mulos recelosos ó sobre pacientes borricos; todos en larga caravana, de vez en cuando interrumpida, se dirigían al santuario, que blanqueaba á lo lejos en el centro de la ancha cuenca formada por la sierra, mientras la campana suspendida sobre el pórtico de la capilla llenaba el aire de alegres sonidos, clamando: «¡Aquí!» «¡Aquí!» «¡Aquí!» Á lo mejor una nube de polvo anunciaba el paso de una galera, detrás iba un carro, detrás una tartana; conforme el día adelantaba, crecía el movimiento.

La galera del señor alcalde retumbó en el camino, atestada con todo el personal del Ayuntamiento. En el sitio de preferencia, detrás del mulero, asomaba la cabeza del Diputado. Delante, muy delante, corría una tartana, dejándose atrás lo que encontraba al paso.

—¿Quién va allí?—preguntó.

—Aquella (le dijeron) es la tartana de Cañizares.

—Corre bien (añadió): mulero, vamos á cogerla.

—¡Hala!—gritó el mulero, haciendo crujir el látigo sobre las orejas de las mulas.

Pronto la galera alcanzó á la tartana, en la que iban María de la Paz y Nona, Aurora y

Marta. Cuando la penúltima vió que aquel carruaje se les echaba encima, se volvió con viveza, diciendo:

—*Chucho*, que no nos alcance la galera del alcalde.

Chucho, clavado en el asiento de varas, se aseguró el sombrero en la cabeza, torció la boca y ladró mil veces mejor que un mastín, y el macho, que lo entendía como si lo hubiese parido, salió lo mismo que una centella. La tartana volaba, y la galera la seguía como un torbellino.

Entre el polvo que levantaban las ruedas y bajo los pabellones encarnados que adornaban la boca de la tartana, el Diputado veía resplandecer el rostro de Aurora y chispear las miradas en la negra profundidad de sus ojos soberbiamente rasgados. Él había agitado su sombrero para saludarla; ella, después de llevarse el pañuelo á la boca, lo sacudió en el aire contestando al saludo. Se miraban y se sonreían, y un pensamiento mutuo, siempre el mismo, iba de la galera á la tartana y volvía de la tartana á la galera, como lanzadera impalpable que traía y llevaba el hilo invisible de mudas comunicaciones. Y aquellas miradas, y aquellas sonrisas, y aquella carrera, tenían algo de vértigo.

Al fin la tartana se detuvo al pie de la cuesta que subía á la Ermita, y detrás de la tartana se paró la galera, al mismo tiempo que el Diputado saltaba ágilmente por encima del pescante, llegando á la boca de la tartana de Cañizares en el momento en que Aurora salía como el sol entre nubes. Casualmente la falda del vestido, detenida dentro del carruaje, descubría todo el pie de Aurora puesto sobre el estribo, pie que, dicho sea de paso, habría besado el elegido del pueblo, si la estrecha cara del zapato, cubierta con un gran madroño de seda, ofreciera espacio bastante para un beso; pero nuestro hombre no era de los que pierden el tiempo, y puesto que le daban el pie se tomó la mano, ofreciendo la suya á la hermosa hija de Cañizares, que no vaciló en aceptar el obsequio.

—No ha podido V. cogerme,—le dijo, riendo á carcajadas.

—¡Cómo no! (exclamó él, oprimiendo la mano de Aurora.) Me parece que la tengo á V. cogida.

—¡Toma!!... (replicó ella, apoyándose en la mano del Diputado para saltar del estribo.) Entonces también puedo yo decir que le tengo á V. cogido.

—¡Eh! ¡eh! ¡niñas! (gritó María de la Paz, asomando la cabeza por la boca de la tartana.)

No hay que perderse por esos vericuetos; lo primero es ir á rezarle á la Virgen.

Aurora echó delante, y comenzó á subir la cuesta seguida del héroe de aquella fiesta popular; detrás subían María de la Paz, Nona y Marta, y cerraba la marcha el Ayuntamiento, formando la escolta.

El aspecto que presentaban los alrededores del Santuario no podía ser ni más animado ni más vistoso. Las familias se albergaban, según iban llegando, al pie de los árboles que cubrían las vertientes á uno y á otro lado de la cuesta; las enredadas ramas de las higueras, la sombra de los olivos y las copas de los castaños servían de techos hospitalarios, y las mantas encarnadas, amarillas y negras, ó blancas y azules, extendidas de un árbol á otro, coloreaban sobre el fondo oscuro del monte como tiendas de campaña. Con cuatro piedras escogidas á propósito se construía el hogar, y los tomillos, y los romeros, y los lentiscos humeaban en aquellas cocinas improvisadas. Aquí se comía, allí se cantaba, más allá mozos y mozas se deshacían en las más vivas contorsiones del baile; y el rasguear de las guitarras y el puntear de las bandurrias, y el repiqueteo de las castañuelas, y los acentos, ya alegres hasta hacer saltar los pies, ya melancólicos hasta hacer saltar las lágrimas,

de los cantos populares, resonaban por todas partes.

Á lo lejos, viniendo del pueblo, la multitud acampaba en las laderas del monte. Parecía un torrente formando cascadas, en que se agitaban revueltos todos los colores del arco iris. Arriba la Ermita, inmóvil como el que espera; abajo la multitud, bulliciosa como quien llega; la cruz que se eleva, el pueblo que sube: en lo alto la esperanza; al pie la alegría.

En las ciudades la vida es solitaria; cada uno va encerrado en el egoísmo de su pensamiento; nadie piensa más que en sí mismo; los hombres se miran con indiferencia, con desdén ó con recelo; las formas exteriores del trato no son más que aspectos convenidos, detrás de los que se oculta el interés, la animadversión, el engaño, la envidia, y ¡cuántas veces el odio! La sinceridad, esa gran puerta del alma, nunca se encuentra abierta.

En el campo ya es otra cosa: la naturaleza es más comunicativa, más espontánea que la sociedad; el paisaje es más alegre que la población; la sombra de los árboles es más risueña, más afable, más hospitalaria que la sombra de los palacios. Los hombres se ven, se conocen, se saludan y se hablan; las familias se mezclan, se confunden; las diferencias desaparecen ante la

realidad de que es una misma la tierra que á todos la sustenta y uno mismo el cielo que á todos la cobija. En la ciudad, la casa se cierra, el dinero se esconde, la felicidad se finge. En el campo, se parte el hogar, se parte el pan, se parte la alegría. En la ciudad todo es de uno, de dos, de tres; en el campo todo es de todos. En fin: las grandes poblaciones apenas tienen cielo; en el campo todo es horizonte.

Desde el pie de la cuesta hasta el atrio de la Ermita el paso de nuestro héroe fué una carrera triunfal; la gente se agolpaba á las orillas del camino para verlo de cerca, los jóvenes lo miraban con curiosidad y con admiración, los ancianos con respeto. De vez en cuando salían de los grupos de aquellas gentes sencillas voces que lo vitoreaban; pero donde obtenía el verdadero éxito, el verdadero triunfo, era entre las mujeres, sobre todo entre las mujeres de las familias más acomodadas, entre aquellas que por sus bienes de fortuna, por lo antiguo del abolengo y por la novedad de la belleza se consideraban con derecho á matrimonios ventajosos. ¡Cuántas pretensiones le salían al paso bajo el aspecto de insinuantes miradas y de incitadoras sonrisas!....

Y lo curioso del caso es que las muchachas más frescas cuchicheaban entre sí al verlo, se

llevaban los pañuelos á la boca como queriendo contener las carcajadas que bullían en sus labios, y se encendían las mejillas como las nubes cuando el sol amanece, y los párpados se entornaban como las puertas detrás de las que queremos ver sin ser vistos, porque las mujeres del Mediodía, cuando abren la boca cierran los ojos, ni más ni menos que el que tira la piedra y esconde la mano.

Y todo ello consistía en que los cuentos, siempre verdes, del Diputado, no se sabe cómo, corrían entre ellas de boca en boca y de oído en oído, y no podían verlo sin celebrarlos con las mejillas encendidas, los ojos á media luz y las bocas reventando de risa.

No hay que decir si tan dichoso mortal recogería con satisfacción los laureles de su triunfo; mas hay que advertir que los recibía sin vanagloria, más bien con la natural sóltura del hombre que agradece la generosidad del deudor que le paga lo que le debe.

Aurora marchaba delante con aire victorioso: aquel triunfo era su triunfo; las miradas iban detrás del Diputado, y el Diputado iba detrás de ella.

Llegaron al atrio de la Ermita, y María de la Paz, Nona, Aurora y Marta se dirigieron al templo, desapareciendo envueltas en la doble cor-

riente que formaban los que entraban y los que salían. Nuestro Diputado se detuvo contemplando el extenso paisaje que se extendía hasta el horizonte. Poco después apareció Aurora en la puerta de la Ermita; y dando vueltas á una de las esquinas del santuario, se ocultó detrás del edificio; él la vió salir y doblar la esquina; y tomando el camino contrario, se perdió detrás del ángulo opuesto, y ¡qué demonio! á los pocos pasos los dos se encontraron ¡vaya una casualidad! detrás de la iglesia.

Ni uno ni otro mostraron sorpresa al encontrarse....: ¡era tan natural el encuentro!

Á la espalda de la Ermita se abre un valle, cubierto de espesa arboleda, sombreado por la altura de la sierra que lo resguarda de los ardores del sol, y defendido de los vientos del Norte por la alta colina en que está asentada la Ermita; se goza en él de una primavera casi perpetua: cultivado en pequeños huertos, se halla cruzado por senderos que serpentean en las desigualdades del terreno, apareciendo y desapareciendo bajo la sombra de los frutales; hilos de agua, escapados del manantial de la gruta, se precipitan en estrechas regaderas, murmurando como quien va de prisa y habla solo; los pájaros anidan sobre las ramas cargadas de frutos, porque las familias previsoras deben tener el hogar jun-

to á la despensa, y cantan con toda la alegría de los que viven á mesa puesta; al través del ramaje entrelazado penetran los rayos del sol como polvo de oro cernido por las hojas, y el viento silba dulcemente bajo las bóvedas formadas por las copas de los árboles, imponiendo silencio al gorjeo de los pájaros y á los murmullos del agua.

—¡Precioso valle!—exclamó el Diputado.

—¡Vaya! (replicó Aurora.) ¡Precioso! Es el *Paraíso*. Lo llamamos así en el pueblo, porque aquí siempre es primavera: hay rosas todo el año. ¡Ah!.... Estoy viendo una que empieza á abrirse; allá abajo....: es de cien hojas, de las que más me gustan, y voy á cogerla.

Diciendo así, mostró su más deliciosa sonrisa, chispearon sus ojos entornados, se abrió su arrogante entrecejo como un regazo que espera; y dejando flotar el pañuelo amarillo de casimir de la India que cubría sus hombros, semejante á una mariposa que se escapa de entre las manos, se lanzó por la pendiente del sendero que bajaba al valle.

Siguióla el Diputado guiñándose el ojo, y diciéndose á sí mismo:

—¡El Paraíso!.... ¡Oh!.... ¡Magnífico!.... Entremos en el Paraíso.



CAPÍTULO XII.

ADÁN Y EVA.

MEDIO escondida entre las ramas y las hojas entrelazadas, la rosa á medio abrir se veía como solemos ver la faz medio temerosa medio risueña de una monja al través de las dobles rejas del locutorio.

Aurora forzó fácilmente la clausura, y la sacó de la oscuridad del claustro en que el rosal la tenía cogida, para que brillara en el mundo de su cabeza sobre la negra sombra de sus cuantiosos rizos.

Fué dicho y hecho, pues cuando llegó nuestro hombre ya la rosa, prendida con toda la gracia del mundo, sonreía por sus cien hojas, satisfecha de adornar tan gallarda cabeza.

Él saboreaba interiormente las delicias de la predilección que obtenía, y, semejante al gato